

El inglés y el alemán.

Publicado en 4-47
O. C. Tomo VI 1

("La Nación", Buenos Aires (R. A.), 14 octubre 1914).

EL INGLÉS Y EL ALEMÁN

(Para LA NACION)

SALAMANCA, septiembre de 1914.

El inglés y el alemán título estas notas. Y quiero decir las lenguas, no los hombres; la lengua inglesa y la lengua alemana.

Todos mis lectores algo asiduos saben la importancia que concedo en la vida humana al lenguaje, sangre del espíritu—lo repetiré una vez más—y verdadero fundamento de la personalidad colectiva o nacional. Acaso sea preocupación del oficio—el mío, oficial, es el de filólogo;—pero es el caso que para mí la cifra y compendio de la vida espiritual es el lenguaje, y sé que no ya no sólo de pan vive el hombre, sino que sacrifica el pan a la palabra, a la personalidad.

Fueden, los que se contentan con la explicación marxista del proceso histórico, con la llamada concepción materialista de la historia, imaginarse que la última base de todo fenómeno social, y entre ellos el más terrible, el de la guerra, es el fenómeno económico. Yo seguiré creyendo que tal explicación apenas explica nada y que el hombre es más, mucho más, que un estómago. Antes que un estómago es un cerebro. Y el cerebro no come, el cerebro habla, se expresa. Y expresarse es dar la personalidad.

Por la personalidad individual o colectiva, más que por la pura subsistencia animal pelean los hombres, y con tanto más ahinco cuanto más cultos son.

No dudo de que en el fondo de la feroz contienda que hoy se libra entre nueve naciones, ocho europeas y una asiática—si es que el imperio austro-húngaro es nación—hay móviles económicos, pero pongo más que en duda el que sean, como algunos creen, los capitales y decisivos. Bien sé que es en gran parte una guerra para defender los unos y afirmar y ensanchar y para destruir los otros: la industria y el comercio alemanes, que, apoyados en las armas, empezaban a invadir el mundo. Pero esto explica mucho menos de lo que quieren que explique los que lo toman más bien que por principal, por casi único motivo de la guerra.

Alemania estaba inundando al mundo, no ya con sus productos, sino con sus hombres. Por todas partes se filtraban los alemanes, a los que se ha llegado a llamar los chinos de Europa. En mi pueblo natal, cuando yo era mozo, la colonia inglesa era la más numerosa entre las extranjeras y luego le seguían otras; actualmente los alemanes sumaban más que todos los demás extranjeros juntos. Y así en donde quiera.

Alemania ha sido una gran productora de hombres y este exceso de su producción—que dicen empezaba a



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



amenguar—se vertía a todas partes. Se ha dicho que la guerra de 1870 fue, como una tempestad atmosférica, debida a una diferencia de presión demográfica. La densa familia alemana, caía sobre la familia francesa enraizada. Y si desde entonces la población de Francia no ha menguado débese, en parte, a que se restauraba más que con nacimientos franceses, con inmigración, de alemanes en muy buen contingente.

Pero el alemán donde quiera que va acaba muy pronto por adaptarse y hasta se funde. A la segunda generación no le queda de germánico más que el apellido. Precisamente este mismo verano, hallándome en Portugal, leía en una colección de artículos periódicos de Alberto d'Oliveira—recogidos en un tomo titulado «Pombos-Correios—artículos publicados antes en diarios del Brasil, uno sobre el peligro alemán en esta república americana de lengua portuguesa y en él se dice que no hay tal peligro, presentándonos a un criollo brasileño, hijo de padres alemanes, que abomina de Alemania. Esto del criollo que abomina de sus padres o cuando menos de la patria de éstos, no es nada raro, y no parece que los emigrantes alemanes se vean libres de ello. Y tampoco sé que los millones de norteamericanos de sangre alemana—de sangre fisiológica o material, no de sangre espiritual, es decir, de lengua—sean los más entusiastas de Alemania en Norte América.

No he conocido en España más que dos extranjeros de familia, de nacimiento y de lengua, que fuesen empleados del estado español, y los dos son alemanes. Y es que el alemán se funde mucho antes que otros pueblos, y desde luego mucho antes que el inglés, cuya personalidad étnica es más resistente. Los matrimonios de alemanes que vienen acá con hijas del país son mucho más frecuentes que los de ingleses. Y a los hijos del alemán que aquí se casa, lo repito, no les queda de germánico más que el nombre. Y desde luego apenas si saben alemán. Bien es verdad que tengo yo un amigo humorista que ha residido algunos años en Alemania y que sostiene muy serio que la lengua alemana no la saben ni en Alemania.

Si se tratara, pues, no más que del estómago, ¿a santo de qué había de pelear Alemania como pelea, sabiendo, como sabe, que a donde quiera que vayan sus industriosos y laboriosos y disciplinados hijos hallarán el pan que buscan?

¡Ah! es que sabe también que a donde quiera que van acaban por desgermanizarse, y que los hijos de esos colonos emigrantes no pensarán ni sentirán en lengua alemana! Y pelea, lo repito, por la lengua, portadora del espíritu.

Y he aquí por qué yo no me duelo de la emigración de españoles a la América española—española, sí, española de lengua, y no latina, pues no se habla ahí latín, lengua muerta, sino español, lengua viva—porque sé que ellos y sus



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES



hijos, los que de ellos nazcan, aunque hablen mal de España, lo harán... en español. Y por eso no me duelen ciertas Invectivas—más o menos injustas—que contra mi patria leo... en español.

Alemania, la Alemania culta, la pensadora, no la que es ciego instrumento de la barbarie militar, dice que pelea ahora por la cultura. Es decir, por la «Kultur», con ka mayúscula, por su cultura, por la cultura germánica. Y la «Kultur» germánica, denominación de que tan pedantesca viene abusando hace tiempo, se cifra en su lengua. La filosofía alemana, la técnica científica alemana—técnica científica, más bien que ciencia—no se aprende bien sino en alemán. Y lo sé yo que empecé aprender alemán a mis diez y seis años, y voy a cumplir dentro de pocos días cincuenta. ¡Y no puedo decir que sepa bien el alemán, aunque le he dedicado largas vigili

as años! En cambio, empecé a aprender inglés mucho después, muchísimo después, cuando pasaba de los 25 años, y hoy lo leo y traduzco mucho mejor que el alemán.

Y es que no sirve erizar a un idioma con cañones, obuses, ametralladoras, bayonetas y cruceros, si el idioma mismo, por sí, tiene peores condiciones que otro para la lucha por la difusión y la predominancia. No sirve querer meterle a un niño polaco, de cinco o diez años, el alemán en la cabeza a cañonazos. Las lenguas tienen ellas en sí mismas las condiciones de su resistencia, de su difusividad o de su agotamiento. Es el problema mismo que suelo plantear a mis paisanos los vascos cuando se empeñan—son ya muy pocos, y ellos no convencidos sino por testarudez—en querer galvanizar una lengua, el eusquero o vascuence, que se muere porque tiene que morir, se, por ser un instrumento de cultura inadecuado e imperfectísimo, enormemente inferior al francés o al español.

Los que sepáis inglés y alemán comparad uno con otro idioma, reconociendo las relativas ventajas de éste, del alemán, en ciertos campos, sobre aquél, sobre el inglés. Comparad la lengua inglesa suelta, casi monosilábica, sin apenas flexión, con ese pesadísimo alemán, que aun conserva declinaciones y desarrolla el discurso en un intrincamiento de períodos en que los párrafos se enchufan los unos en los otros. Porque el escritor alemán—que casi siempre escribe mal—parece no haberse dado cuenta—y ya se lo decía Schopenhauer, escritor tan a la francesa—de que el lenguaje, como se desarrolla en el tiempo, no tiene sino una sola dimensión, y no cabe sino decir una oración después de otra. Pero el escritor alemán parece querer decir cuatro, cinco, seis o diez cosas a un tiempo y arma una de paréntesis, de paréntesis y enchufamientos que no hay quien lo entienda. Y lo peor es que a veces nos contagia de eso a los que hemos leído mucho alemán, como a mí me sucede.





Es indudable que la lengua alemana tiene grandes ventajas para la investigación filosófica. Un prefijo, de significación necesariamente abstracta y algo vaga, una raíz, abstracta también, y un sufijo, igualmente abstracto, es muy difícil que den un compuesto de muy precisa concreción para el uso diario práctico de la vida, mas en cambio eso permite pasar de unos conceptos a otros con gran facilidad y sutileza y refinar concepciones filosóficas. La lógica de la lengua alemana es una lógica de cálculo infinitesimal e integral—y bien lo ha comprendido Cohen—es una lógica de continuidad, mas ello tiene para otros usos de la lengua gravísimos inconvenientes. Sucede con el alemán comparado con el inglés algo de lo que sucede con el griego comparado con el latín. En griego se escribieron los inmortales diálogos de Platón, pero en latín se dió leyes al mundo.

Además los alemanes se han dedicado últimamente, con la tenaz pedantería que les caracteriza, a depurar su lengua, a deslatinizarla, y hasta a crizarla de kas. ¿Quién reconoce en la palabra Kaiser la romana Cæsar de que proceda? Y han llegado en esto a ridiculoses tales como las de substituir voces técnicas internacionales, de origen griego, por vocablos formados con raíces, sufijos y prefijos germánicos. Ridiculez parecida a la de aquellos de mis paisanos que han pretendido hacer, a base de vascuence, y muy mal hecho, por cierto, una especie de esperanto o de volapük, un idioma artificial y de estufa, que no hay quien lo entienda. Ni los que lo forjan.

El que se haya acostumbrado a leer a los grandes clásicos germanos, tan latinados, tan profundamente latinados, y hasta afrancesados los más de ellos, a Goethe, a Schiller, a Lessing, a Heine, a Herder... ¿cómo va a resistir a esos insoportables escritores germanos germanizantes que parecen poner todo su ahínco en que su lengua, por darla homogeneidad, sea lo más hermética posible?

Y ahora comparad con eso esa admirable lengua inglesa, una lengua de presa, que toma las palabras donde las encuentra y con sólo pronunciarlas a su modo, las hace propias. Esa lengua que sobre su primitiva capa anglo-sajona—en el fondo germánica—recibió la normanda y luego el enorme contingente latino posterior. Dentro mismo del inglés comparad al germanizante Carlyle con el latinizante Macaulay. Y decidme: ¿es posible que en una lucha entre estas dos lenguas por la predominancia, venza el alemán al inglés?

La ventaja de la ortografía más sencilla, de que el alemán se lee más como está escrito, es muy pequeña junto a las otras desventajas.

Este verano un portugués amigo mío, que ha enseñado lengua alemana y la



4-47 51
BIBLIOTECA MUSEO UNAM

sabe muy bien, el gran poeta Eugenio de Castro, me decía que el alemán es acaso la única lengua en que es más fácil de traducir el verso que la prosa, y ello se debe a lo que llaman el «período».

Hay que advertir, además, que una lengua más difícil que otra lo es hasta para aquellos que la aprendieron de niños. Todos estos aprenden a andar en más o menos tiempo, pero ¿quién duda de que un niño que se cría y ejercita en la marcha en un terreno llano y desembarazado aprenderá a andar más pronto y con menos golpes que uno que tenga que hacerlo en un pedregal en cuesta? Y lo que se aprende tan difícilmente se olvida fácilmente, dígase lo que se quiera.

Agréguese que por razones no muy difíciles de comprender, los alemanes aprenden las lenguas extranjeras mucho más pronto y con más facilidad que los ingleses y las hablan mejor. Lo cual saben bien todos aquellos comerciantes que tienen trato con comisionistas de uno y de otro pueblo. El alemán se hace más pronto a comprar y a vender en la lengua del país en que comercia. Es que la suya es muy difícil de imponer y es que le cuesta menos desprenderse de ella.

Y si vamos al campo de la literatura os diré que hay en la inglesa muchos más escritores intraducibles o que pierden en la traducción que en la alemana. Es más, muchos de los más grandes escritores germánicos ganan al ser traducidos, digan lo que quieran sus compatriotas. Conozco traducciones francesas, italianas y hasta españolas de los grandes líricos alemanes verdaderamente hermosas, y en cambio ¿a cuál de los grandes líricos ingleses—los más grandes del mundo—se le ha traducido bien? Y la lírica inglesa desde fines del siglo XVIII sobre todo, es la maravilla de la literatura moderna.

Resulta, pues, que esa lengua inglesa tan suelta, tan de presa, tan noblemente imperial, que hace suyo todo vocablo que toma donde lo encuentre si es que lo necesita, esa lengua tan poco cerrada en sí, tan abierta, tan ecuménica, tan católica—en el sentido etimológico de estas dos últimas voces—esa lengua de asimilación, es mucho más resistente y mucho más difusiva que ese otro idioma alemán cerrado como por una muralla chinesca, hermético y hosco. Quiere invadir también, mas al paso que el inglés invade de un modo, él invade de otro.

Son dos imperialismos opuestos, como lo son los de sus pueblos respectivos. Uno el imperialismo inglés que se gana a los boers, y el otro el imperialismo germánico que trata de meter la lengua alemana en las cabezas de los niños polacos, a cañonazos.

Y ahora, lo repito, la guerra no es tanto por mercados como por culturas. Se pelea por la personalidad, se pelea por la lengua, que es la verdadera nación. Los alemanes dicen—así me escribía hace pocos días, desde Charlotemburgo, en pleno tiempo de guerra, un amigo alemán—que pelean



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SALALES



por la existencia. Y así es. No por la existencia ni aun por el bienestar de cada uno de ellos, de la masa que come y vive, sino por la existencia como nación absorbente, como personalidad colectiva, que si no se impone, se funde poco a poco en las demás. Han logrado hacer de su ejército una maravillosa máquina de guerra, acaso demasiado máquina y de una precisión peligrosa. (Un reloj demasiado delicado no resiste mucho trabajo y algunos golpes). ¿Por qué no dedicaron sus esfuerzos a transformar su lengua? ¡Ah! es que una lengua no se transforma tan fácilmente como se organiza un ejército. En mi tierra nativa fué más fácil hacer dos guerras civiles en el pasado siglo que adaptar el vascuence a la vida moderna. Los bárbaros germánicos, los francos, los suevos, los vándalos, los godos, conquistaron el mediodía de Europa, pero acabaron hablando lenguas latinas. ¿Qué son muchos, muchísimos de los franceses sino una especie de germanos que hablan una especie de latín?

En estas notas sólo he hablado del inglés y el alemán en lucha. Nada he podido decir del ruso, que no conozco, nada he querido decir del francés, nada tampoco del español, de nuestro español que tiene en sí, por inermes que seamos los que le hablamos, tantas y tan excelentes cualidades no ya para resistir sino hasta para imponerse.

MIGUEL DE UNAMUNO.

